

lucha de clase

POR LA RECONSTRUCCION DE LA CUARTA INTERNACIONAL

INDICE

- La huelga de los mineros norteamericanos del carbón
- El nuevo régimen de Camboya frente a las clases sociales urbanas
- Hace diez años : La huelga general de Mayo del 68
- Viente años de Quinta República : la estabilidad sin la alternación

**mensual
trotskista**

editado por

**lutte
ouvrière**

Junio/1978

No

53

PRECIO : 5 FF

Leed la prensa revolucionaria



FRANCIA

Semanario trotskista francés

Tarifas de suscripción :

Francia 120 FF (\$ 25)

Otros países 160 FF (\$ 35)

Tarifas de avión, bajo demanda a

LUTTE OUVRIERE B.P. 233

75865 PARIS CEDEX 18

Mandar el dinero a CCP RODINSON

6851 10 PARIS

ESTADOS UNIDOS

Bi-mensual trotskista americano

Tarifas para Estados Unidos :

Seis meses \$3

Un año \$6

Bajo pliego cerrado

Seis meses \$5

Un año \$10

Otros países, por avión

Seis meses \$10 (FF 50)

Un año \$ 20 (FF 100)

Por barco

Seis meses \$ 4 (FF20)

Un año \$ 8 (FF 40)

Para el extranjero, pagar de preferencia por giro postal internacional

Escribir a : The Spark,

Box 1047 DETROIT Mi 48231 USA



ANTILLAS

Mensual trotskista antillano que publica un suplemento bi-semanal en Martinica y Guadalupe

Tarifas de suscripción :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

bajo pliego cerrado FF 15 (\$ 3)

Otros países : escribir al periódico

Suscripción a : Jocelyn BIBRAC

CCP 32 566-71 La Source-Orléans France

Destinar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier - B.P.-80

93300 AUBERVILLIERS

AFRICA

Mensual trotskista de idioma francés, editado por :UATCI (Unión Africana de Trabajadores Comunistas e Internacionalistas).

Tarifas de suscripción, para Francia :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

Bajo Pliego cerrado, un año FF 36 (\$ 7,5)

Destinar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier B.P. 80

93300 Aubervilliers

especificando :

para «Le Pouvoir aux Travailleurs».



**le pouvoir
aux
travailleurs**

mensuel trotskyste

UNION AFRICAINE DES TRAVAILLEURS COMMUNISTES INTERNATIONALISTES

LUCHA DE CLASE

INDICE

Página	2	La huelga de los mineros norteamericanos del carbón
Página	8	El nuevo régimen de Camboya frente a las clases sociales urbanas
Página	14	Hace diez años : la huelga general de mayo del 68
Página	21	Veinte años de Quinta República : La estabilidad sin la alternación

LA HUELGA DE LOS MINEROS NORTEAMERICANOS DEL CARBÓN

La huelga de los mineros del carbón, que duró del 6 de diciembre de 1977 hasta el 27 de marzo de 1978, fue sin duda uno de los acontecimientos más notables de la historia del movimiento obrero americano de estos últimos 10 o 20 años. Quizás iniciará un viraje en la historia de éste.

No porque los mineros al cabo de una huelga que mantuvieron 110 días, hayan obtenido una completa satisfacción, en sus reivindicaciones, lejos de ahí. Ni tampoco porque se trate de la huelga más larga e importante a nivel nacional jamás realizada por esta corporación, que cuenta en la materia con la más rica y antigua tradición de todo el movimiento obrero de Estados Unidos. Los mineros, con su sindicato UMWA (United Mine Workers of America — Sindicato unificado de mineros americanos) y tras su líder J. L. Lewis, fueron uno de los soportes esenciales de la central sindical CIO, creada en los años treinta a favor de la gran ola de luchas de la clase obrera americana. Fueron también éstos quienes en los años cuarenta y principalmente durante la segunda guerra mundial, llevaron a su activo la más grande cantidad de huelgas y enfrentamientos contra el gobierno, siempre tras Lewis y la

UMWA, pero por lo demás muy rápidamente fuera del marco de la CIO.

Pero sobre todo en esta huelga, los mineros demostraron que cuando los trabajadores están organizados y decididos, pueden tener en jaque a la patronal y al gobierno mismo, y hasta a veces a su propia burocracia sindical que se manifestó en la circunstancia el principal aliado de los dos primeros. Reanudando con una tradición del movimiento obrero americano que parecía olvidada o perdida desde hacía años, los mineros suscitaron a través del país un sentimiento de solidaridad entre los trabajadores. Una de las armas esenciales de la clase obrera es precisamente la conciencia de formar una clase distinta cuyos intereses son fundamentalmente opuestos a los de la burguesía. En un país donde desde hace varios decenios todas las autoridades, incluso las burocracias sindicales se emplean con todas sus fuerzas a desarraigar ese sentimiento elemental de clase —se podría decir que con bastante éxito— la huelga de los mineros, por el interés que ha suscitado, con sus enseñanzas, y el sentimiento que reavivó por no decir resucitó en el mundo obrero, había contribuido a cambiar sin duda ciertas cosas.

UNA HUELGA DESEADA POR LOS PATRONES DEL CARBÓN

El conflicto y hasta la huelga misma fueron provocados por la patronal. Por lo demás se sabe que una gran parte de estas minas está bajo el control de grandes compañías petrolíferas que, al parecer habían previsto desde hace tiempo la posibilidad de la crisis petrolífera preparándose a su reconversión.

Los empresarios querían primero, poner en causa el convenio firmado por el sindicato en 1974, es decir cuando la crisis de la energía volvía a poner de manifiesto aun más la importancia del carbón. Querían también anular cierta cantidad de ventajas obtenidas por los trabajadores al principio de los años cuarenta. Parece ser que el carbón tenga ricas perspectivas en los Estados Unidos. Carter propuso doblar la producción actual que se eleva a 680 millones de toneladas entre hoy y 1985. Para los empresarios el provecho a realizar sería enorme, tanto más enorme que la producción podría ser incrementada así que reducidas ciertas ventajas de los mineros, pero sobre todo si en las minas pudiera asegurarse la paz social.

Pero más allá del caso de los mineros propiamente dicho parece ser que todo el patronato norteamericano quisiera dar un ejemplo e iniciar una ofensiva general contra las corporaciones mejor organizadas de la clase obrera. La negociación del nuevo convenio de los mineros era la primera en la lista, precediendo la de los trabajadores del rail en 1978, del automóvil y del transporte por carretera en 1979. Vencer a los mineros, forzarles al abandono de ventajas adquiridas en el curso de los últimos decenios significaba marcar tantos y prepararse a hacer lo mismo con estas

potentes corporaciones. Como se sabe en los Estados Unidos, salarios y convenios colectivos son negociados generalmente todos los tres años, ese contrato tendrá prácticamente un carácter de fuerza de ley durante los tres años siguientes.

La opción de iniciar el conflicto con los mineros, en este período de crisis general de la economía, no provenía solamente de los azares del calendario. La patronal pudiendo pensar que un cierto número de factores les favorecían frente a los mineros.

El sindicato de mineros aparecía en primer lugar como declinante. Hoy no cuenta más que 160 000 miembros contra 500 000 en los años cuarenta. Muchas minas escapan al control del sindicato (se sabe que en los Estados Unidos el sistema llamado de «closed shop» tiene por efecto el reconocimiento oficial del sindicato, al cual todos los trabajadores deberán obligatoriamente afiliarse, éste en caso contrario no es reconocido y entonces no tiene ni derechos ni sindicato ninguno), particularmente aquellas del oeste, las más modernas y productivas.

En 1977, afirmaban los empresarios, los mineros afiliados a la UMW no habrán realizado sino 50 % de la producción total de carbón contra 70 % en 1974. Y es verdad que en 1977 las huelgas han sido particularmente numerosas entre los mineros de la UMW.

La UMW salía además de una campaña electoral interna que había visto oponerse muy duramente grupos de intereses de la burocracia. Arnold Miller presidente de la UMW no obtuvo su reelección que por el hecho de no haber contado más que con dos rivales. Era pues a burócratas reprobados y en desacuerdo entre sí a los que la patronal tenía que hacer frente.

Finalmente los stocks de tres o

cuatro meses de avance permitían a los empresarios prepararse al conflicto con serenidad, seguros de que los mineros que durante toda su historia no habían llevado a cabo nunca una huelga nacional tan larga llegarían a arrepentirse antes de que surgiera el problema de la escasez de carbón. El 15 de diciembre a propósito de las declaraciones de los mineros afirmándose preparados a resistir el tiempo que fuera necesario, un representante empresarial una docena de días después del inicio de la huelga confiaba cínicamente al *New York Times* : «dejen pues proseguir la huelga hasta el primero del año y entenderán otro refrán».

Desde el principio de la negociación del nuevo contrato, los empresarios anunciaban sus intenciones. Pedían que el sindicato abandonara en todos los terrenos las ventajas adquiridas : medidas de seguridad en las minas, condiciones de trabajo, mantenimiento del nivel de vida, vacaciones y pensiones. Pero por encima de todo entendían reenforzar las cláusulas antihuelga, cuando los mineros aspiraban precisamente a ampliar su derecho de huelga.

En efecto el contrato de 1974 había instituido un procedimiento de arbitraje para los litigios presentados por los mineros concerniendo el cumplimiento del contrato por los empresarios. Que sobre cualquier sujeto y notablemente sobre la seguridad, que en las minas es uno de los problemas mayores, los trabajadores consideraran que el contrato no está respetado y éstos debían de depositar una denuncia y seguir el procedimiento sin recurrir a la huelga. Este procedimiento, que tiende a limitar al máximo el derecho de huelga existe prácticamente en todas las corporaciones.

Es inútil decir que el procedimiento de arbitraje puede durar largo

tiempo. Los mineros podrían citar casos que aún no han recibido respuesta al cabo de tres años. Sobre 400 pleitos depositados en un distrito por ejemplo, sólo treinta fueron juzgados en favor de los mineros.

Por esas simples razones, los mineros siguieron recurriendo para obtener justicia al arma tradicional y cuanto más eficaz de la huelga. Durante estos tres últimos años, el número de huelgas salvajes siguió siendo considerable, amplificándose incluso.

La patronal reclamaba pues el derecho a licenciar inmediatamente todo minero que participaría a un piquete de huelga o que simplemente lo respetaría.

LOS MINEROS MANTIENEN EN JAQUE, A LA PATRONAL, AL GOBIERNO Y A LOS BUROCRATAS SINDICALES

Las negociaciones iniciadas en octubre se prosiguieron con numerosas interrupciones. La huelga empezada el seis de diciembre se mantenía, contrariamente a las esperanzas de los empresarios. Finalmente el seis de febrero, Arnold Miller concluyó un acuerdo con la patronal. El mismo la describe, como «excelente» y «de lejos el mejor acuerdo negociado estos dos últimos años en una industria importante». Pero en los hechos cedía sobre toda la línea a los empresarios. A tal punto que el comité de negociación de la UMW compuesto por lo tanto de burócratas del sindicato se negó a presentarlo delante de los mineros temiendo provocar la cólera de éstos. En efecto, en 1972 eligiendo a Miller al puesto de presidente en lugar de su predecesor, Bayle, verdadero gángster que debía ser condenado como instigador del asesinato de uno de sus rivales, los

mineros habían impuesto la ratificación del contrato por un voto a la base. Hasta ahí éste se concluía simplemente sin otro procedimiento, entre la burocracia sindical y los empresarios.

Empezó entonces toda una campaña contra la huelga acusada de poner en peligro la economía del país privando a millones de norteamericanos de electricidad o calefacción, e incluso de trabajo a dos millones y medio de entre ellos. Restricciones de energía y paros técnicos vinieron en renfuerzo de esta propaganda.

Carter comenzó a hablar de la posibilidad de aplicar la ley Taft-Hartley que como se sabe permite ordenar la vuelta al trabajo durante dos o tres meses a los huelguistas, si su acción amenaza la economía del país. Aunque Carter por otra parte dudaba en aplicarla pues ya en el pasado y por tres veces los mineros se habían negado a obedecer a las ordenes conminatorias de los jueces que se inspiraban de esta ley. En el intervalo pues Carter orientó sus esfuerzos hacia la conclusión de un nuevo acuerdo entre el patronato y la burocracia sindical.

Miller volvió a finales de febrero con una nueva proposición delante de los mineros. Esta vez todo el mundo desplegó el gran juego.

Carter dejaba cerner la amenaza de aplicar la ley Taft-Hartley e incluso enviar la tropa a las regiones mineras. Pero por otro lado, halagaba a los mineros, aprobaba su «sentido de la justicia» simulando ejercer una fuerte presión sobre los patronos. Estos, para no quedar al margen, protestaban contra esas presiones que les habrían conducido, según decían, a «una capitulación total» ante «las demandas irrazonables» de los mineros.

La nueva proposición era en realidad apenas diferente de la primera.

Abandonaba la pretensión de imponer a los mineros el trabajo dominical, o ciertas multas, pero mantenía la mayoría de las demandas del patronato, incluido el derecho de despedir a los participantes en las huelgas prohibidas.

Esta vez, la burocracia sindical, de acuerdo con Miller, empleó los grandes medios para hacer votar el contrato. Hubo una enorme campaña de propaganda, emisiones especiales en la televisión (el todo pagado por los fondos que debían teóricamente servir a la ayuda de los huelguistas) para convencer a los mineros. El contrato fue rechazado por los dos tercios de éstos.

El 6 de marzo Carter invocaba las disposiciones de la ley Taft-Hartley. Los mineros recibían de la justicia la conminación de vuelta al trabajo para el 10 de marzo. Sobre 160 000 miembros de la UMW . . . 60 se presentaron a la entrada de las minas. El 17 de marzo, un juez federal de Washington decidía suspender la aplicación de la ley Taft-Hartley justificando su decisión : «de todas maneras, a los mineros les importa un bledo todo lo que pueda hacer».

MAL CONTRATO . . . PERO LOS MINEROS NO ESTAN VENCIDOS

Los mineros mostraron que hasta el gobierno era impotente frente a su determinación. Al mismo tiempo, su causa se volvía la de todos los trabajadores norteamericanos.

Los granjeros fueron los primeros en venir en ayuda a los mineros, trayéndoles una cierta cantidad de productos de abastecimiento. En el mes de mayo bajo la presión de sus adherentes, los grandes sindicatos del automóvil y del acero decidían aportar su contribución al sindicato

de los mineros. Colectas tuvieron lugar en casi todas partes. Habiendo decidido la administración, por medida de retorsión, suprimir los bonos de abastecimiento que daban a las familias de los mineros (como a millones de necesitados en todo el país), caravanas partieron de grandes centros urbanos, Chicago, Detroit, Baltimore, trayendo dinero, ropa, comida, colectados por militantes sindicalistas.

Meany también, el dirigente de la central sindical AFL-CIO, quien había abiertamente tomado posición en contra de los mineros, aprovechando la aplicación de la ley Taft-Hartley, debió hacer marcha atrás, tan fuerte fue la desaprobación de la base, y a éste de emitir a su vez timidas protestas contra la conducta del gobierno.

Toda la campaña del gobierno, de los empresarios y de la burocracia sindical afin de aislar a los mineros del resto de la población y de la clase obrera, presentándoles como responsables de las dificultades acrecentadas, cuando no del paro, había fracasado completamente.

Miller finalmente volvió por tercera vez con un proyecto de contrato delante de la base.

Aunque hayan abandonado los patrones una cierta cantidad de pretensiones, ese contrato está muy lejos de satisfacer a los mineros.

El sistema de la asistencia médica gratuita para los mineros y su familia que databa de los años cuarenta está efectivamente liquidado como lo habían decidido las compañías en julio último. Los mineros pagarán un franqueo de 200 Dólares (unas 18 000 Ptas.) los patrones hubiesen querido que este franqueo fuese de 700 Dólares. Desde hace treinta años un sistema de clínicas controladas por el sindicato pero financiadas completamente por el patronato ha-

bía sido completamente puesto en pie. Es ese sistema que está amenazado de desaparecer; seguros privados tomando en carga la protección medical.

Las pensiones no están igualizadas como lo pedían los mineros, puesto que aquéllos que se retiraron después de 1976 percibirán 425 Dólares por mes (un poco más de 36 000 Ptas.), aquéllos que lo hicieron antes de esa fecha no percibirán sino 275 Dólares (24 000 Ptas.).

Las condiciones de trabajo y de seguridad arriesgan empeorar puesto que un plan de productividad debe ser establecido para cada mina (aunque deba estar aprobado por el sindicato local). Además el periodo de aprendizaje para los nuevos mineros se reduce de 90 días a 45.

Finalmente el procedimiento complicado de arbitraje en lo que concierne las reivindicaciones de los mineros a propósito de la aplicación del contrato queda mantenido.

Claro los mineros obtienen 30 % de aumento para los tres años que vienen (pero los salarios no era el principal problema y al ritmo actual de inflación de un 9 % anual, esta aumentación no es demasiado importante. De hecho, los mineros no han hecho sino limitar la ofensiva del patronato, llevándole a descubrir la mayor parte de sus espantosas proposiciones. También han impuesto en los hechos, —y quizás sea lo más importante— que no se les pongan nuevos límites al derecho de huelga. Pero limitar una reculada no puede llamarse una victoria. Y los mineros deberán volver a la lucha en el periodo que viene para defender sus condiciones de vida, de trabajo, de salud, de seguridad.

Muchos de entre ellos tenían por otro lado conciencia del contenido de ese contrato puesto que 43 % siguieron votando contra su aceptación.

Su huelga está lejos de haberles aportado satisfacción. Pero su importancia no puede ser examinada simplemente desde ese punto de vista. Esta es sin duda más importante por lo que significó en la conciencia de la clase obrera norteamericana, mostrando pues las posibilidades que tienen los trabajadores de oponerse a sus adversarios, patrones, gobierno y burócratas.

Estos últimos, por otro lado tienen plena conciencia de esto ya que plantean abiertamente el problema de cómo reducir la potencia de los mineros.

Así desde el principio de la huelga fue siempre cuestión de la «debilidad» del sindicato de mineros. Lo que la prensa entiende por eso, es la incapacidad de los burócratas sindicales de mantener en mano sus tropas. Incapacidad de Arnold Miller de imponer el acuerdo que había firmado dos veces con el patronato. Incapacidad de los burócratas de impedir las huelgas salvajes de estos últimos años. Su incapacidad de impedir que los mineros durante esta última huelga se dirijan a aquéllos «no sindicados» —es decir fuera de la jurisdicción oficial de la UMWA— para incitarlos a unirse a la huelga.

Desde algún tiempo, una idea aparece y reaparece en la prensa : la de una necesaria fusión entre la UMWA y otro sindicato, más potente y menos débil. Evidentemente, esto se discute no sólo en los medios patronales y gubernamentales sino también en los medios de la burocracia sindical.

Un momento fue cuestión de una fusión entre la UMWA y el sindicato del acero, la USWA (United Steelworkers Union of America, el sindicato unificado de trabajadores del acero). Hoy esta idea parece estar aban-

donada ya que la USWA conoce también agitaciones en su seno a la ocasión de la reelección de su presidente, una fuerte fracción de burócratas tras Sadlowski, se ha constituido intentando apoyarse sobre el descontento de la base (fenómeno similar a aquél que llevó a Miller a la presidencia de la UMWA). No es pues del todo seguro, que un tal sindicato pueda mantener a los mismos en mano. Al contrario el riesgo existe de que la llegada de esta fracción precipite la crisis en el seno de la USWA reforzando los elementos y las tendencias más combativas.

Ahora se habla de sindicatos del automóvil UAW (United Auto Workers, el sindicato unificado de trabajadores del automóvil). Este no tiene por el momento, ningún problema con su base. Cuenta también con una rica experiencia en lo que se refiere a frenar y quebrar las luchas.

No está dicho que esto se haga. Y si se hace —incluso en la UAW— tampoco está dicho que la operación proyectada tenga éxito. El resultado puede después de todo desembocar en algo muy diferente : los mineros pudiendo comunicar su combatividad a los trabajadores del automóvil y juntos podrían demostrar todo el beneficio que habría para los trabajadores americanos de quebrar el corsé corporatista de las actuales estructuras sindicales. Es sin duda una de las razones por la cual la patronal, el gobierno y los burócratas sindicales dudan en impulsar más adelante la operación.

Todas estas discusiones demuestran en todo caso que si el patronato americano no teme en absoluto a los sindicatos, a los que consideran como instrumentos a su servicio, al contrario les temen verdaderamente a los mineros.

EL NUEVO REGIMEN DE CAMBOYA FRENTE A LAS CLASES SOCIALES URBANAS

El nuevo régimen de Camboya, o más bien de Campuchea, según la nueva denominación que él se dió, tiene ahora tres años de existencia. Fue en abril de 1975 cuando cayó Phnom Penh después de varios meses de sitio. La caída de Lon Nol (cuyo acceso al poder en 1970 se hizo con el apoyo y la bendición de los Estados Unidos) se ha acompañado de una transformación radical de la sociedad camboyana, bautizada, una vez más, socialista por los dirigentes del nuevo Estado. Manifestaciones exteriores de los trastornos ocurridos en esta antigua colonia francesa fueron perceptibles aquí, al menos por el aflujo a varias empresas, de camboyanos que formaban parte del caudal de refugiados que habían abandonado entonces el país. ¿Porqué tal éxodo masivo? Una película realizada por reporteros yugoslavos recién pasada en la televisión francesa, daba algunos elementos sobre las nuevas condiciones de existencia en Campuchea. Ilustraba hechos conocidos ya, o sea que las principales ciudades del país fueron casi vaciadas de sus habitantes y toda la población fue movilizaba en el campo, donde por medio de la militarización del trabajo, se vió empeñada en un esfuerzo considerable para aumentar la producción agrícola.

Desde hace tres años que el régimen existe, escasas son las noticias que han podido filtrar, pues éste, se ha voluntariamente aislado del resto del mundo, tanto de los países occidentales, como de los del Este. Incluso ha roto sus lazos con los demás países de Indochina encontrándose además en conflicto armado con su vecino vietnamita.

Aún con esto, este comportamiento de los dirigentes de Camboya hizo gastar mucha tinta en occidente, donde la prensa no dejó de fustigar lo que se presentaba como el colmo de la irracionalidad, incluso de la inmoralidad en materia política.

Pero el reclutamiento de la población entera y la supresión de toda vida urbana obedecen sin embargo a una lógica que no tiene, para nosotros, —¿es necesario decirlo?— nada que ver con el socialismo, pero que es aquélla de la consolidación del nuevo poder.

Para comprender lo que ocurre en Camboya es necesario recordar brevemente lo que éste fue desde el fin de la colonización francesa, y los acuerdos de Ginebra en 1954, hasta abril de 1975. Mientras que los americanos debieron casi enseguida reemplazar a los franceses en el Vietnam del Sur para impedirle que basculara hacia un

régimen rompiendo políticamente con el imperialismo en Camboya, Sihanuk, todavía rey y jefe del Estado después de la retirada de Francia, desempeñó un papel de equilibrio sutil para conservar a su país cierta neutralidad. Se presentó como árbitro entre de un lado vietnamitas del norte y vietcongs, y del otro los americanos, intentando al máximo contener los unos y los otros fuera de las fronteras de Camboya, mientras trataba solo de acabar por completo con las guerrillas campesinas que su régimen feudal no dejaba de suscitar en su territorio. Las guerrillas vietnamitas necesitaban la neutralidad de Camboya que les servía de «santuario» durante la guerra contra los americanos y sus fantoches del Vietnam del Sur. Sihanuk les toleraba, incapaz a él solo de rechazarles de Camboya, a cambio de una influencia moderadora de las guerrillas vietnamitas sobre las guerrillas kmeres. Las toleraba, al menos aparentemente, ya que eso no le impedía, según parece, designar por lo bajo a los americanos las bases vietnamitas para que pudieran bombardearlas, reservándose la oportunidad de protestar después contra las intervenciones de los Estados Unidos en su territorio.

Este juego de equilibrio duró hasta 1970, cuando los Estados Unidos lo rompieron ayudando a Lon Nol a despojar a Sihanuk del poder con un golpe de Estado. Desde entonces, el ejército camboyano entró en guerra, a la vez contra los kmeres rojos apoyados por las revueltas campesinas y sostenidos desde entonces por Sihanuk, y contra las guerrillas vietnamitas. Lo hizo con el apoyo oficial del ejército americano. Fue una guerra muy mortífera hasta la retirada de los Estados Unidos en abril de 1975, seguida inmediatamente después por la caída de Lon Nol y el acceso del nuevo régimen.

Desde el 7 de marzo hasta el 15 de agosto de 1973, la aviación americana descargó 40 000 toneladas de bombas al mes en Camboya, ocasionando 200 000 muertos. El país al que se consideraba como un granero de arroz se convirtió en un país de hambre y carestía bajo la acción conjugada de las tropas de Lon Nol y de los americanos. Los refugiados afluyeron hacia las ciudades y Phnom Penh, la capital, pasó de 600 000 habitantes a más de 2 millones. Allá, igual que en Saigón, la guerra desarrolló el comercio, la prostitución, los tráfico, y atrajo a una muchedumbre miserable de sin trabajo. El ejército de Lon Nol siguió masacrando y pillando a los campesinos, y se talló por sus exacciones un odio tal que los kmeres rojos no tardaron en capitalizarlo a su provecho, ganando la simpatía de la población rural.

Igual que en China con las tropas de Mao, los kmeres rojos antes de apoderarse de las ciudades, controlaban el campo. Pusieron en pie grupos de ayuda mutua. Un sistema de cooperativas y una administración elegida. Igual que en China, este ejército no desdenaba participar a los trabajos del campo sin hacer pesar su presencia sobre la población. Todo lo contrario, puesto que le ayudaba a sobrevivir en las condiciones terribles de la guerra. Logró que el campesinado pobre de Camboya considerase como suyas las luchas que dirigía. Por eso la toma de Phnom Penh y de las demás ciudades, tuvo este aspecto de invasión campesina, cuya gran sublevación contra la miseria, contra la opresión política y para algunos, contra la opresión nacional, llevó a los dirigentes kmeres rojos al poder. Pero aunque los kmeres rojos supieran encuadrar y movilizar a los campesinos, no representaban la expresión política del movimiento campesino. Sus dirigentes, intelectuales formados en el

movimiento estalinista o a la escuela maoísta, salidos de la población urbana, tenían un programa y objetivos políticos. Su programa no era crear una cualquiera «democracia campesina» y menos aún empeñarse en el camino de la revolución socialista, era un programa nacionalista y radical.

Las preocupaciones políticas de los dirigentes de los kmeres rojos han sido y son fundamentalmente las mismas que las de tantas corrientes nacionalistas en los países subdesarrollados explotados y pillados por el imperialismo, aun cuando son formalmente independientes; sometidos a la dictadura de regímenes corrompidos, profundamente vinculados al imperialismo y entretenidos por él.

Desde la fragmentación de la Indochina francesa en cuatro Estados, Camboya era desde luego formalmente independiente. Bajo el régimen de Sihanuk y a pesar del profundo atraso económico como social del país, pasaba incluso como un país con reputación «progresista». Heredero del trono de una dinastía real. ¿No había sabido pues Sihanuk renunciar al trono para hacerse muy civilmente un presidente de la república (al mismo tiempo, sin embargo, que un corresponsal oficial del *Canard Enchaîné*)? Príncipe presidente, lo era claro, pero después de todo no faltan situaciones análogas, incluso en los más republicanos países occidentales...

Preconizando el «socialismo camboyano» y una política internacional de no alineamiento, Sihanuk pasaba pues por un dirigente nacionalista que, sin utilizar medios violentos, había conseguido tomar cierta distancia con respecto al imperialismo. No obstante, la facilidad con la cual su ejército le derrumbó demostró lo fictivo y aleatorio de esta política de independencia, siempre pendiente de la buena voluntad del imperialismo, en la medida en que su piedra angular era

un aparato de Estado tan corrompido, tan directamente vinculado al imperialismo como tantos otros en los países subdesarrollados. El objetivo político de los kmeres rojos, nacionalistas radicales, era precisamente construir a partir de las guerrillas campesinas un aparato de Estado nacional lo más independiente posible del control del imperialismo susceptible de conducir Camboya en la vía de un cierto desarrollo económico, acabando con el pillage directo y la corrupción.

Mao en China, como en otras circunstancias Ho Chi Minh en el antiguo Vietnam del Norte, supieron utilizar la revuelta de los campesinos contra una opresión nacional, (japonesa o francesa), y contra la dominación de los feudales en el campo, encuadrándolos bajo una dirección nacionalista radical. Supieron dejar el terreno libre y desembarazar su país de las sobrevivencias más degradantes del pasado feudal, y reconstruir un aparato de Estado meramente nacional, rompiendo completamente con el imperialismo. Y una vez tomado el poder pudieron utilizar toda la potencia del Estado burgués reconstruido, como el consenso adquirido acerca del campesinado a fin de someter el campo y también las ciudades, al esfuerzo de producción intensa, necesitado por esta independencia. La experiencia de estos países sirve de modelo y ejemplo a los kmeres rojos, cuales quieran que sean las relaciones que hayan podido tener con el Vietnam o la China. Todo esto no tiene nada que ver con el socialismo, del cual los dirigentes chinos, vietnamitas o kmeres se reclaman sólo porque la palabra está hoy en día profundamente pervertida. Todos estos países acaban por plantearse los objetivos políticos que fueron, en su tiempo, los de todas las burguesías de los países hoy desarrollados. Pero lo

hacen en una época de la historia en la cual el embargo imperialista sobre el mundo rinde difícilísima aunque no sea más que la creación de un aparato de Estado nacional verdaderamente independiente. Y lo hacen en una época en la cual, de cualquier modo, el desarrollo económico internacional es tal que ningún Estado no puede ya esperar dotarse de una economía nacional desarrollada.

Pero en ausencia de la revolución proletaria mundial, ofreciendo una alternativa, esta vez real, a la explotación por el imperialismo de todos los pueblos del mundo, por la destrucción del imperialismo los «modelos» chinos o vietnamitas ofrecen, al menos, una vía para liberarse del dominio directo del imperialismo y la ilusión de que, ya adquirida la independencia, es posible hacer más.

Esta es la vía que escogieron materializar los kmeres rojos.

LOS KMERES ROJOS FRENTE A LAS CIUDADES

El programa nacionalista de los kmeres rojos es fundamentalmente un programa burgués, en ese sentido que no intenta salir del marco de las soluciones nacionalistas burguesas que se presentan a esos países. Pero no tenían por eso necesariamente el consentimiento de la débil burguesía kmere y de la pequeña burguesía urbana. Una importante fracción de esta media y pequeña burguesía ciudadana sobre todo la de Phnom Penh, comerciantes, traficantes en todo, funcionarios, sin hablar de militares, vivía directamente del régimen y de sus relaciones económicas con el occidente imperialista. Y es probable que incluso esta parte de la pequeña

burguesía urbana —en particular intelectual— que simpatizaba con la lucha de los kmeres rojos, siempre y cuando estaba orientada contra los americanos y su gobierno fantoche local corrompido, no se acordaba con todos los objetivos radicales de los kmeres rojos. Además, la fragilidad del apoyo de que gozaban los kmeres rojos en las ciudades hasta el último momento, prueba que si simpatía había no debía ser muy activa.

Por eso es que los Pot Pol y otros líderes escogieron apoyarse sobre la energía y la movilización de las tropas campesinas que tenían bien en manos, no solamente para llegar al poder sino también para zanjar, de manera draconiana, brutal e inhumana, y de antemano, todos aquellos a los que se atendían.

De los problemas económicos, primero aquél inmediato del abastecimiento de esta gran ciudad parásita que fue Phnom Penh. También aquél más a largo plazo, de hacer trabajar por la fuerza la población urbana, al servicio de un desarrollo a pasos forzados de la producción agrícola.

Pero también era evidente que esta puesta al trabajo forzado de toda una población, amenazaba plantear problemas políticos.

Probablemente no del lado del campesinado, ya que los campesinos parecían acordar un consenso a los kmeres rojos por las luchas llevadas a cabo, y ya que por otra parte el trabajo forzado era de todas maneras el lote cotidiano de los campesinos sometidos al yugo de potentados locales o de mercenarios de paso. Para ellos la vida que aseguraba el régimen, aun explotándoles para levantar la agricultura nacional, no era probablemente peor y tal vez mejor que la vida anterior, aunque no sea más que por la repartición más equitativa de la alimentación.

Los problemas políticos podían plantearse esencialmente en las ciudades. En primer lugar del lado de la pequeña burguesía urbana que no tenía ningún motivo para aceptar las duras condiciones proyectadas por los kmeres rojos, pero también del lado de los trabajadores ; pues la clase obrera incluso desorganizada no podía faltar tampoco de plantear problemas al nuevo régimen. Únicamente por tener sus propias reivindicaciones económicas que no hubieran tardado en ir al encuentro de la política de austeridad del nuevo poder. Sin duda alguna, los dirigentes de Campuchea sacaron provecho de lo ocurrido en China, conocido bajo el nombre de «Revolución Cultural». El poder de Estado puso en movimiento a millones de «guardias rojos» pertenecientes en mayoría a la juventud estudiantil, para meter en cintura a los trabajadores. Y eso cuando la única presión, o mejor dicho resistencia, que los trabajadores chinos parecen haber ejercido haya sido económica y aunque las aspiraciones a una mejora del bienestar de los obreros parecen haber tomado el mismo canal oficial del Partido Comunista Chino.

Poner al trabajo forzado al mismo tiempo que meter en cintura la población fue la operación de los kmeres rojos. Al llamar a las tropas campesinas para desalojar las ciudades de su población, los kmeres rojos abundaban en el sentido de los campesinos. En estos países pobres el campo vive en autarquía replegado en si mismo en la miseria más profunda. El vínculo, cuando existe, que une al campesinado pobre con las ciudades es el recaudador de impuestos y las fuerzas militares y de policía todo poderosas. La ciudad representa para ellos con toda su población a la vez el lujo de un modo de vida y al mismo tiempo el enemigo, el parásito que vive sobre sus espaldas.

Las agitaciones campesinas desde tiempos inmemoriales, se acompañan de expediciones contra las ciudades. Y eso parece lo acontecido en Camboya con la conjunción entre una agitación propia a otros tiempos y un movimiento nacionalista radical.

El resultado de esta operación que consiste en suprimir los problemas planteados por la población urbana eliminando las ciudades : Phnom Penh pasó de 2 millones de habitantes a 40 000 o aún 20 000 según algunos en pocas semanas.

Los kmeres rojos hubieran podido escoger otra alternativa y tratar de conciliar la población urbana, como hicieron los dirigentes del Vietnam del Sur en un principio. Pero se puede dar una idea de los problemas que se les habría planteado al mirar los del Vietnam de hoy. Saigón y Cholon, el barrio chino de la antigua capital del Vietnam del Sur, tres años después, son prácticamente lo que eran durante la época de la guerra. Cuando todo el país está dirigido hacia el esfuerzo de reconstrucción, cuando los dirigentes vietnamitas recomiendan un modo de vida fundado sobre el escetismo, Saigón sigue «comiendo y bebiendo inmoderadamente, dando a creer a los observadores que no tenemos otras distracciones que esos ágapes», según los términos de un cotidiano local mencionado por *Le Monde* del 19 de abril de 1978. El mismo número relata la persistencia de todos los «tráficos», de los pequeños o grandes comercios, de las especulaciones que surgen de esta ciudad y que aumentan el coste de la vida, cuando no bloquean por completo la comercialización de productos de base como el arroz, vitales para la población.

También en Saigón el poder trató de reducir la población con métodos más flexibles. 700 000 personas la abandonaron en tres años. Pero la población se mantiene a tres millones y

medio de habitantes siempre según el mismo artículo de *Le Monde*.

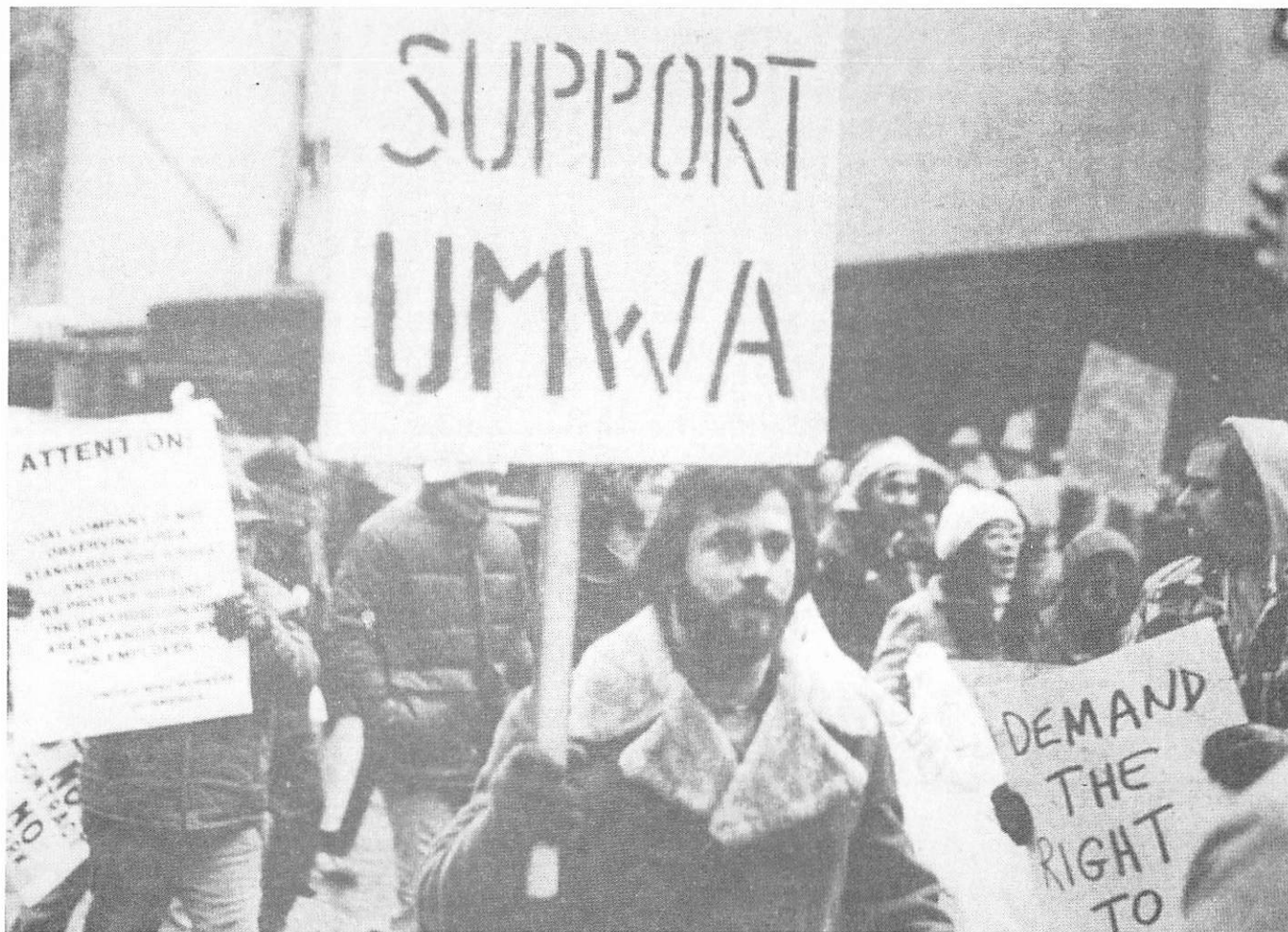
Con relación al conjunto del Vietnam, país de 60 millones de habitantes, Saigón es mucho menos decisivo para el poder, que pudiera serlo Phnom Penh en relación al conjunto de Campuchea.

El régimen sudvietnamita experimenta los problemas que los kmeres rojos querían superar, y no está excluido que acaben por emplear medios similares. En todo caso los kmeres rojos han optado por dispersar a la población de las ciudades por los más dictatoriales y brutales métodos, no retrocediendo delante de la miseria y mortandad que pudo ocasionar este éxodo masivo; no renunciando sin embargo a desarrollar el país sobre bases burguesas queriendo no obstante evitar el peligro constituido por las clases urbanas para el nuevo poder. Poder tanto más frágil porque incapaz de responder a las necesidades del mundo moderno. Reconstruir el sistema de irrigación, diques y canales que crearon la prosperidad del reino de Hang Hoc en los X y XII siglos, gracias a la militarización del trabajo puede aparecer por un

momento como un progreso para el campesino camboyano sobreviviendo al hambre. Pero será sin efecto para sacar al país del subdesarrollo en el cual el imperialismo lo mantuvo. Y la vía camboyana, al igual que la china o vietnamita, o como cualquier otra vía nacional, no representa una solución a los problemas de las masas pobres en donde sea.

El origen de regímenes como el de Camboya es la consecuencia del atraso de la revolución proletaria que acabando con el orden imperialista permitiría a los países subdesarrollados el acceso a las riquezas acumuladas sobre sus espaldas, evitando de recurrir a los métodos bárbaros del nacionalismo radical.

Por eso la política de los dirigentes de Campuchea a pesar de su etiqueta, no tiene semejanza ninguna con el socialismo. El nuevo régimen camboyano no se parece en nada a la sociedad de mañana. Es el resultado en la época de la decadencia imperialista de la ideología de la burguesía a sus principios, injertado a un fenómeno social surgido de esta edad media en la cual el imperialismo mantiene a los países subdesarrollados.



A Pittsburgh demonstration supporting miners on strike.

En Pittsburgh, manifestaciones de apoyo a los mineros en huelga.

HACE DIEZ AÑOS : LA HUELGA GENERAL DE MAYO DEL 68

La de contestación estudiantil que se extendió sobre Europa y los EE UU en 1968, tomó en Francia un carácter especialmente marcado por el comienzo de la huelga de nueve millones de trabajadores. Esta huelga general condujo a una grave crisis política que paralizó un tiempo al Estado francés y amenazó al poder gaullista.

Paradójicamente, esta crisis no desembocó en ningún cambio político inmediato. Al contrario, las elecciones de junio del 68, proporcionaron al Partido Comunista una mayoría parlamentaria que jamás hasta entonces había logrado. Sin embargo, un año más tarde, después de la derrota de un referendun a propósito de la regionalización, de Gaulle se retiraba. Esto fue una repercusión política de lo que llamó la prensa los «acontecimientos de mayo del 68».

No se trata aquí de relatar de nuevo lo acontecido en mayo del 68 y los diferentes episodios de la revuelta estudiantil en Francia, ya que se trata de explicar porqué cómo y hasta qué punto, los partidos de la izquierda tradicional no aprovecharon de la crisis política para acabar por lo menos con el poder gaullista.

El mayo francés despertó en efecto

muchas esperanzas entre aquéllos que aspiraban a cambiar la sociedad, tanto en Francia como en los países, a los que a menudo sirvió de ejemplo. Sin embargo los revolucionarios no pueden servirse de la experiencia de mayo del 68, si no comprenden claramente cuáles fueron las causas y los límites de este movimiento, y la política de los distintos protagonistas.

El combate entablado en ese principio de mayo en París, se distinguió de los demás en Berlín, Roma o Varsovia, semejantes en su origen, porque en el de París la acción estudiantil originó el proceso que afectó a amplias masas.

El movimiento estudiantil pudo desempeñar este papel de detonador porque, manifiestamente, un profundo descontento se había acumulado en todas las capas populares. El mismo carácter del régimen dió a estos descontentos un denominador común, un factor de unificación.

Todos estos descontentos se expresaron juntamente en el odio a de Gaulle y su régimen.

Tal es el inconveniente de un régimen bonapartista para la clase dirigente.

... Un régimen bonapartista no

puede permitirse mostrar su debilidad. Su estabilidad aparente oculta un frágil equilibrio.

Su fuerza consiste en gran parte en las ilusiones que las masas tienen de él. De modo que sus dudas y sus retrocesos le resultan funestos.

Pero justamente este régimen que se quería fuerte y estable mostró su debilidad frente a los estudiantes. La revelación fue brutal. Ya que durante años, los partidos y sindicatos tradicionales sólo opusieron a esta fuerza ilusoria una amenaza ilusoria también.

... En este principio de mayo, los estudiantes llevaron la lucha en el único terreno donde podía ser eficaz, único terreno donde precisamente las organizaciones de izquierda se negaron a llevarla en la calle. Por cierto, los estudiantes no consiguieron una victoria brillante contra las fuerzas represivas.

Pero por su determinación, su valor, supieron resistir y marcar tantos. A pesar de una salvaje represión el movimiento estudiantil, no sólo no retrocedió, sino que también arrastró tras sí, al curso de los días, a nuevos contingentes de combatientes.

... Los estudiantes abrieron una brecha en el régimen.

... El descontento obrero aprovechó la brecha abierta por los estudiantes.

A pesar de las afirmaciones de los sindicatos, la huelga no fué económica sino política, desde el principio.

En muchísimos lugares, la huelga empezó sin que se formulara ningún programa reivindicativo. Es sencillamente que este régimen de que todos, las organizaciones obreras en primero, se complacieron en presentar como firme, fue incapaz de poner un término a la agitación de unos miles de estudiantes. Para las masas obreras, cayó la máscara. Ya era hora de que se fuera. La convicción de que esto era posible, y al alcance, electri-

zó al proletariado, y provocó su irrupción en la escena.

El carácter de la intervención de la clase obrera no se podía entender si no se tenía en cuenta el papel desempeñado por las burocracias obreras, el PCF-CGT en primer lugar.

La burocracia obrera cargó con todo su peso en el movimiento obrero. Aisló sistemáticamente, y quebró desde su principio, todo intento de movilización.

Sin embargo, por primera vez, una capa de la población (los estudiantes) a la que casi no controlaba, se mobilizó fuera de ella y hasta contra ella y tuvo un éxito cuyo eco en la población fue enorme. Por primera vez las ideas, los métodos «izquierdistas» tan combatidos por el PCF, encontraron un apoyo de masa. Mostraron su validez. Fue un grave fracaso para el PCF que no podía permitirse que semejante explosión se produjera en el proletariado, aunque sólo sea en una parte de él. El PCF escogió la política donde pensaba arriesgar menos desbordamiento. Decidió largar las amarras. Lo que decidió mandar a sus militantes no fue impulsar el movimiento sino, por lo menos, dejarse llevar por el y no ir a su contra. La tarea del momento era mantener su control sobre las masas sin tomar el riesgo, frenándolo demasiado temprano y brutalmente, de que estallase su dominio burocrático sobre las masas obreras.

Se asistió pues a una verdadera marea obrera, pero no a una explosión. La actitud de las burocracias sindicales contribuyó a dar al movimiento su carácter amplio, pero fue en detrimento de su profundidad. La amplitud de la huelga sobrepasó lo que jamás conoció Francia.

Entraron en el movimiento no sólo la vanguardia sino hasta las corporaciones habitualmente menos combativas. Toda la vida económica que-

dó paralizada. El corsé de hierro de la burocracia sindical aflojado, el proletariado hizo una potente demostración de su fuerza pero también de su función en la sociedad. Esa fue una de las principales conquistas del movimiento de mayo.

Sin embargo, las mismas razones de esta brusca e impresionante extensión de huelgas —a saber la posición aparentemente en punta de la burocracia estaliniana— le permitieron a ésta descebar todo peligro de verdadera movilización obrera.

Salvo en escasos lugares no pudo, no tuvo el proletariado la ocasión de mobilizarse realmente, ni de forjar sus propios órganos de lucha. En nombre de los mismos intereses del movimiento, los aparatos sindicales se sustituyeron a la masa de los obreros. Los comités de huelga, ahí donde fueron constituidos, sólo eran meros comités intersindicales. Las ocupaciones fueron el hecho de pequeñas minorías achicándose cada día más.

Los piquetes de huelga que hubieran podido ser órganos de combate se transformaron en emanaciones de los sindicatos encargados de hacer que las fábricas estén aisladas las unas de las otras por una parte, y por otra de los estudiantes.

Fiándose en el lenguaje y en la actitud de las burocracias sindicales, después de la euforia de los primeros días, los obreros se encomendaron a los que les parecían más capaces de dirigir la lucha. Y así la más dinámica lucha llevada por el proletariado francés en este siglo puso a su cabeza la fuerza más conservadora: la burocracia sindical. Eso iba a ser su muerte.

Sin embargo el gobierno estaba totalmente desbordado. De Gaulle en Rumania apresuró su vuelta sin que ésta cambiara algo. Durante varios días guardó silencio. Al igual que a

Pompidou, los acontecimientos escapaban a su control. Sin embargo en Francia el Estado no había desaparecido; la policía, osatura esencial de éste estaba siempre ahí.

Este Estado ya no controlaba la situación, aunque su policía reprimiese duramente las manifestaciones de los jóvenes, éstas renacían e incluso se multiplicaban entre París y la provincia. El Estado era incapaz de mantener el orden en la calle. Cierta malestar emergía en su propio aparato, notablemente entré la policía. El sábado 25, al día siguiente de los duros afrontamientos del «barrio latino», Lyon, Nantes, etc... varios sindicatos de policía, comunicaban sus inquietudes por medio de la prensa, recordando que sus adherentes también tenían reivindicaciones pendientes de satisfacción.

El Estado frente a la huelga de 9 millones de trabajadores no podía ser menos potente. Relevándose ahí también incapaz de asegurar el mantenimiento del orden. Aún no se trataba de mandar a la policía ocupar las fábricas, el gobierno no arriesgándose a ello sino a finales del movimiento, cuando la mayoría de los huelguistas habían vuelto al trabajo. Tanto es verdad que no son algunas decenas de miles de funcionarios, CRS, gendarmes móviles y otras diversas policías, quienes pueden sustituirse a 9 millones de trabajadores.

En el transcurso de la crisis que en aquellos meses de mayo y junio sacudió tan fuertemente la sociedad francesa no hubo nunca posibilidad inmediata de toma del poder por la clase obrera. En cambio se pudo creer por un instante que los días del régimen gaullista estaban contados y que de Gaulle debería ceder el puesto a la oposición de izquierda.

El mismo de Gaulle reconoció en su declaración radiodifundida del

jueves 30 de mayo que había considerado la hipótesis de su propia retirada. Esta fue seriamente examinada en los círculos dirigentes de la burguesía francesa.

Sin embargo de Gaulle se ha mantenido en el poder. El vejestorio que gobernaba Francia desde hacía 10 años se aferraba más sólidamente de lo que se podía imaginar al carro del Estado, en todo caso, bastante sólidamente como para conservar las riendas durante esta travesía cahótica. Aunque es verdad que la oposición no hizo el menor gesto para arrojarle de su puesto.

La «izquierda» estaliniana y reformista en Francia se reveló totalmente incapaz de conducir el movimiento hasta la caída del régimen gaullista. ¿Porqué ?

Predicador de las vías «pacíficas hacia el socialismo» y de la conquista democrática y legal del poder mediante las elecciones, en otros términos leal partidario del orden burgués, el PCF no podía faltar de desaprobar todo aquello que procedía de la calle. Espantándole no las violencias estudiantiles sino la crisis en sí misma.

El PCF no la había querido ni previsto. Salida del campo estudiantil y del medio «izquierdista» en particular, tomó desde el principio un carácter político que el PCF no podía aceptar. Si tuvo que pactizar temporalmente con el movimiento, fue porque éste avanzaba siempre, arrastrando tras sí a fuerzas cada vez más numerosas.

Por su aspecto radical : afrontamientos violentos con las fuerzas de represión, por la amplitud de las reivindicaciones : puesta en causa de la sociedad en su conjunto, por el número de jóvenes que podía movilizar, el eco que podía encontrar en los medios de la intelectualidad clásica —escritores, enseñantes, hombres de teatro, cineastas, arquitectos, pin-

tores, médicos, abogados, etc.—, la crisis de mayo tenía sin duda ninguna un carácter revolucionario.

Por primera vez, el PCF veía desarrollarse a su izquierda un movimiento revolucionario de masas, aunque circunscrito a ciertos círculos sociales, todavía confuso y dividido pero suficientemente amplio como para obligarle a reaccionar. Ese movimiento no ponía aún en peligro la hegemonía del PCF sobre el mundo obrero, pero eran cada día más numerosos los jóvenes trabajadores que le seguían, y la extensión de la crisis amagaba favorecer un reagrupamiento capaz de «morder» en el medio obrero.

Por eso el PCF debía emplearse a resolver lo más pronto posible la crisis. La defensa del orden burgués, incluso gaullista, era también la defensa de sus propios intereses, la salvaguardia de su influencia, de sus medios de acción, de todo eso que hace de él un partido útil para la burguesía.

Eso es porque si bien el PCF no se opuso de frente al movimiento de mayo, tampoco estuvo en posición de explotarlo políticamente a su provecho, habiéndose situado desde el principio en la defensiva.

Mientras que el movimiento, y esto apareció muy claro desde el 13 de mayo, se dirigía de por sí contra el régimen gaullista, contra el gobierno, y contra el hombre que encarnaba todo el poder desde hacía diez años, mientras que la calle se lanzaba espontáneamente al asalto del gaullismo, sus jefes tradicionales cerraban las filas al lado del poder establecido. La huelga no debe ser sino económica, decía el PCF, ¡ nada aventuras !

De hecho, en ningún momento la «izquierda» apareció como la dirección del movimiento.

Obligada a proseguir la huelga por

los obreros de las grandes empresas que rechazaban los «acuerdos de Grenelle» la CGT proponía negociaciones por sector afin de esparcir el movimiento. Cuando de Gaulle anunció que se mantenía en el poder y que disolvía la Asamblea nacional, la CGT se apresuró en liquidar la huelga por las elecciones.

Si la huelga se mantuvo aun algunos días, fue porque el PCF no osó torpedearla de frente, pero el desenlace era ya fatal. Así apenas una semana después del discurso de de Gaulle, la unanimidad se hacía en la derecha como en la izquierda para liquidar el movimiento de mayo. Las elecciones no eran más que una grosera maniobra para conseguir restablecer el orden.

La policía se encargó del resto. El 7 de junio, los CRS ocupaban las fábricas de Renault-Flins. El 17, violentos combates oponían a los obreros de Peugeot en Sochaux a los CRS. Se contaban dos muertos en las filas obreras. El 13 de junio, el gobierno disolvía once organizaciones de extrema izquierda. Las universidades eran de nuevo ocupadas por las fuerzas de policía unas tras otras. Poco después vendrían las elecciones y el triunfo del partido gaullista.

Hoy, diez años después de mayo del 68, cuando la situación política permanece extrañamente estabilizada y cuando recientes elecciones acaban una vez más de asegurar a la derecha una mayoría parlamentaria, ¿qué queda de mayo del 68 ?

Para los trabajadores, concretamente no queda gran cosa. Las pocas reivindicaciones satisfechas por los acuerdos de Grenelle fueron desde hace tiempo aniquiladas por la inflación y la crisis económica. Sólo los sindicatos han beneficiado del miedo que la burguesía pudo entonces res sentir, el parlamento habiéndoles

otorgado ante la huelga general nuevos medios de existencia (reconocimiento de la sección sindical de empresa, derecho a propagar octavillas durante las horas de pausa, etc...).

Pero las conquistas de mayo del 68 para la clase obrera se sitúan a otra escala. La clase obrera francesa ha tomado de nuevo contacto con la huelga general y las ocupaciones de fábrica. Aunque los sindicatos lo hayan hecho todo para monopolizar esas ocupaciones y transformarlas de contestación de la propiedad patronal —lo que son fundamentalmente— en «salvaguardia del útil de trabajo», se puede decir que espontáneamente desde mayo del 68, numerosos conflictos han visto resurgir la huelga con ocupación hasta satisfacción, la huelga organizando a los trabajadores, la huelga con ocupación impugnando la autoridad y la propiedad patronal, el pago de horas de huelga se ha convertido en una reivindicación legítima que los trabajadores avanzan desde ahora en adelante durante los conflictos... no solamente las modalidades de lucha se han visto estimuladas por mayo del 68, sino incluso la inspiración de ciertas luchas ha ido más adelante. Es así como en cierta medida se puede poner la huelga de LIP con el embargo por los trabajadores del stock de relojes, y la puesta en marcha de la fabricación por su propia cuenta al activo del mayo del 68. De mini LIP el país no ha faltado.

En el resto de la población, el espíritu de mayo del 68 se manifiesta aun hoy. Porque mayo del 68 quiso ser una reprobación global de la sociedad, porque éste influenció a casi todos los círculos de la intelectualidad y marcó a toda una generación, hoy se encuentran jueces en oposición capaces de arrastrar en prisión a empresarios bajo la inculpa ción de homicidio a causa de accidentes de

trabajo mortales sobrevenidos en sus talleres o fábricas. Se encuentran médicos inconformistas oponiéndose a la autoridad del consejo del orden de medicina, de los cuales algunos desempeñaron un papel importante en el movimiento que desembocó en la revocación de la ley prohibiendo el aborto. El movimiento feminista en el sentido más amplio del término, conoció una fuerte impulsión después de mayo del 68 al igual que la creación de numerosas organizaciones de mujeres. La ecología en cierta medida, nació de la impugnación de la sociedad por la reprobación de ésta por los estudiantes en mayo del 68. De este punto de vista se puede decir que mayo del 68 fecundó gran parte de los cambios intervenidos en la vida social.

En cuanto a las organizaciones revolucionarias prohibidas en junio del 68, se encuentran hoy mucho mejor que antes de los «acontecimientos». Claro que las formaciones de la extrema izquierda no son aún capaces de desempeñar un papel importante en la vida política del país, pero existen y se han desarrollado. Mayo del 68 no fue obra de éstas. La izquierda revolucionaria, aunque sus ideas hayan marcado profundamente los acontecimientos no era entonces de talla, tanto a causa de su debilidad numérica como de su división, para desempeñar un papel al nivel que fuera.

Pero el participar las organizaciones revolucionarias a los acontecimientos, hizo conocer a éstas y les dió una credibilidad que hasta entonces nunca habían tenido.

La extrema izquierda gracias a mayo del 68 salió del estado grupuscular. A un momento también, después de la gran manifestación en el estadio Charlety, se pudo pensar que estaría a mismo de formar a la izquierda del PCF un movimiento capaz de ganar decenas de miles de perso-

nas. Pero la división, la ausencia de responsabilidad de las organizaciones revolucionarias no permitió la realización de esta posibilidad. Hoy, diez años después de 1968, y a pesar del inevitable reflujo, la izquierda revolucionaria, siempre dividida, reagrupa a pesar de todo, más de unas decenas de miles de personas y la corriente izquierdista, ella misma, con todos sus componentes, maoistas, espontaneistas, anarquistas, movilizables en tal o cual circunstancia reagrupa cuatro o cinco veces más personas.

Por sus actividades y su propaganda un cierto número de organizaciones de extrema izquierda son conocidas ahora por los trabajadores. A las puertas de las empresas, y adentro de ellas, la presencia de los militantes revolucionarios ya no está tan violentamente «prohibida» por la burocracia estaliniana que tuvo que tolerarles en muchos lugares. Y si son pocos los revolucionarios obreros, existen y tienen derecho de estar en las empresas.

Por fin el vínculo de la extrema izquierda con la población progresó de modo sensible. El esfuerzo hecho por cierto número de organizaciones y particularmente por *Lutte Ouvrière* en presentar candidatos en las elecciones legislativas, municipales y presidenciales contribuyó a que un amplio público conociera las ideas y las actividades de los revolucionarios.

En las últimas elecciones legislativas, los resultados sumados de la extrema izquierda eran de más o menos 900 000 votos, lo que no es nada despreciable, y lo que representa un hecho bastante particular en la extrema izquierda europea.

La relativa salud de las organizaciones de la extrema izquierda representa, por supuesto, una esperanza para el porvenir.

Pero la vitalidad, la importancia

numérica, los progresos electorales no bastan para hacer de los movimientos revolucionarios organizaciones aptas para desempeñar un papel dirigente en el combate de la clase obrera.

Al mirar con más perspectiva los acontecimientos de mayo del 68, se nota que si no ha sido explotada la situación política creada por la revuelta estudiantil y la huelga general, fue porque la clase obrera se quedó bajo el dominio de las burocracias.

La contestación estudiantil fue hasta el cabo de sus posibilidades. Pero sola, no podía ir muy lejos. A pesar de la conjunción entre la revuelta estudiantil y la huelga general no hubo jamás verdaderos vínculos entre ambos movimientos. Los reformistas lograron contener al movimiento huelguista en las fábricas, aislar a los obreros de la contagión «izquierdista», desmobilizar a los trabajadores y, para acabar, liquidar la huelga a favor de las elecciones.

Solo fue posible porque el movimiento «izquierdista» —con una excepción, la nuestra— casi nunca había intentado hasta entonces contestar el dominio de los estalinianos y reformistas de las fábricas. Era más fácil contestar el estalinismo en la universidad, lugar privilegiado de la acción de la mayoría de los grupos de extrema izquierda. En cierta medida, los acontecimientos del 68 pudieron parecer confirmar esta orientación errónea. ¿No era acaso la chispa estudiantil la que había provocado la huelga obrera?

Se multiplicaron entonces, particularmente en la JCR (ahora LCR), teorías como la «de la periferie hacia el centro» que se proponía contornar el obstáculo que representaba el dominio estaliniano sobre la clase obrera atacándose primero a sectores marginales, universidad, sector terciario, con el fin de hacer de ellos palancas.

Estas teorías no duraron mucho.

Desde ahora, no somos los únicos en la extrema izquierda quienes militan en las empresas, aunque sea nuestra corriente la más implantada en la clase obrera —debido a su implantación anterior y a lo sistemático de esta actividad.

La LCR emprendió también un trabajo en dirección de las empresas, aunque quede un trabajo no prioritario y considerado al mismo nivel que el trabajo entre las mujeres, los soldados o los enseñantes.

Otros grupos se fueron a las fábricas. Y es así como durante años militantes maoistas tuvieron una actividad sistemática, espectacular y demostrativa en las fábricas. La mayoría de los militantes de después de mayo del 68 fueron echados fuera, despedidos, acompañados a la salida por los estalinianos como en Renault, hasta asesinados como lo fue Pierre Overney, por los guardias de la dirección, en Renault también, o se hartaron sencillamente de la actividad. Pero existe todavía una corriente maoista en las fábricas. Hoy en día, los obreros que conocen a los revolucionarios o simpatizan con ellos, son mucho más numerosos que antes de mayo del 68. La conquista o mejor dicho la reconquista del proletariado a las ideas socialistas y revolucionarias queda aún embrionaria.

Para nosotros, **Lutte Ouvrière**, la tarea prioritaria, la tarea que corresponde a las necesidades de la época no deja de ser el trabajo sistemático, propagandista y de implantación en la clase obrera, de militantes reconocidos como tales, estimados, que les disputen a los burócratas la confianza de los obreros, militantes capaces de desempeñar un papel dirigente en las luchas cotidianas de los trabajadores y capaces mañana de desempeñar un papel dirigente en las grandes luchas políticas del proletariado.

Veinte años de Quinta República : LA ESTABILIDAD SIN LA ALTERNACION

El 13 de mayo de 1958, con el saqueo del edificio del gobierno general de Argel bajo la mirada condescendiente de los paracaidistas, y con la formación por los dirigentes del motín y los jefes del ejército francés de Argelia del primer «Comité de salud pública», abrióse la crisis política que iba a poner un término sin gloria a la IV República y provocar la llegada de de Gaulle a la cabeza del Estado.

Desde estos acontecimientos de mayo y junio de 1958 —o sea desde hace 20 años— la derecha no dejó de gobernar. Y nadie puede decir cuando se acabará este período.

Esta situación puede parecer hoy como la misma consecuencia de los cambios institucionales logrados por de Gaulle en aquel momento. ¿ Pero procede en realidad ésta de la V República y de la ley electoral en vigor desde 1958 o más bien, de otros factores de la situación política francesa ?

El problema se planteaba tanto más en 1958 que los hombres políticos más conscientes de la burguesía francesa no soñaban con un sistema que aseguraría a la derecha la dirección de los asuntos del país para varios decenios. Al contrario, buscaban un sistema que a la vez garantizase la estabilidad del gobierno y permitiese que dos grandes partidos burgueses, uno de derecha y otro supuesto de izquierda, alternasen. Lo que suele ocurrir en la mayoría de las repúblicas parlamentarias como por ejemplo en Inglaterra entre conservadores y laboristas, o en Alemania entre democristianos y socialdemócratas.

El uno era aquél de la extrema inestabilidad del gobierno que caracterizaba la IV República y el de la reforma de las instituciones. El segundo —consecuencia del primero en amplia medida— consistía en encontrar una salida honorable para la burguesía francesa a la guerra de Argelia ya que aun sabiendo que no podían ganarla militarmente, los sucesivos gobiernos de la IV República se mostraban, los unos y los otros incapaces de acabar con ella.

Sabemos cómo los jefes del gobierno —pretendidos de izquierda, socialistas luego radicales— que se sucedieron de 1956 a 1958 eran demasiado prisioneros de la derecha para emprender el camino de la negociación con el FLN sin poner en causa la misma existencia de su gobierno, y se sabe también cómo de Gaulle, hombre de derecha por excelencia, llevado al poder por los manifestantes «Argelia francesa» iba entonces a valerse de su prestigio para promover no sin dificultad una política que desembocase sobre la independencia de Argelia, salvaguardando sin embargo lo esencial de los intereses del imperialismo francés. Casi no se puede decir más a este respecto de lo que se podía decir en 1962.

Pero 20 años después del 13 de mayo de 1958, y después de elecciones legislativas que vieron la victoria de la derecha, no es inútil, desde luego, examinar en qué medida las reformas institucionales hechas en 1958 han resuelto los problemas que se le planteaban entonces a la burguesía francesa.

El problema institucional se planteaba en 1958 ya desde hacía más de 10 años, precisamente desde mayo de 1947 al acabar el «tripartidismo» (es decir la colaboración gubernamental entre el PCF, el PS y el gran partido de derechas de la época, el MRP). Desde entonces se asistía a un verdadero vals de ministerios.

En efecto exiliado en la oposición por la burguesía que a causa de la guerra fría sólo toleraba a partidos nacionales en el gobierno, el PCF seguía representando sin embargo más del cuarto de los electores, y contaba en el parlamento de 100 a 150 diputados. Teniendo en cuenta la extrema derecha (el RPF de de Gaulle después de las elecciones de 1951, los poujadistas después de las de 1956) eran de 200 a 250 los diputados que se encontraban sistemáticamente en la oposición, sobre un total de unos 600, reduciendo considerablemente las posibilidades de constituir una mayoría gubernamental sólida.

Por eso una multitud de grupos parlamentarios del centro y de la derecha pretendían al título de árbitro de la situación y por un sí o un no o un ministerio en más o un secretariado de Estado en menos, hacían y deshacían los gobiernos.

No es que la constitución de la IV República haya sido desfavorable de por sí pero la habían elaborado desde el punto de vista de la burguesía en una época pasada ya, la del «tripartidismo», y las clases poseyentes necesitaban instituciones más adecuadas a esta nueva situación.

En la cámara de diputados, de la derecha al Partido Socialista, todos se encontraban de acuerdo para proclamar la necesidad de revisar la constitución, de modo que el gobierno resulte más independiente de las fluctuaciones de mayorías parlamentarias. Pero en los hechos, ninguno de los grupúsculos parlamentarios que habían proliferado en esta situación, tenía ganas de suicidarse procediendo a una profunda modificación de las instituciones.

El recurso a de Gaulle, investido de los plenos poderes por un parlamento en quiebra y desconsiderado en junio de 1958 fue, para la burguesía el modo de desbloquear esta situación. Y de Gaulle solucionó el problema tres veces mejor que una.

Primero, en el plano meramente institucional asentó un sistema en que el gobierno ya no necesitaba tener una mayoría parlamentaria que le sostenga puesto que podía permanecer mientras tanto no se constituyera contra él una mayoría exigiendo su dimisión por el voto de una moción de censura; y esta eventualidad sólo se produjo una vez, a fines de 1962, cuando de Gaulle quiso hacer aprobar por referendun la elección de Presidente de la República al sufragio universal, lo cual no ocasionó desde luego ninguna dimisión del gobierno sino una disolución de la asamblea.

Después, con la instauración de un nuevo sistema electoral, el escrutinio uninominal mayoritario a dos vueltas que desfavorece sistemáticamente las minorías, y que redujo en 1958 la representación parlamentaria del PCF a diez diputados.

Por fin con los cambios políticos que fueron la consecuencia de estas nuevas instituciones y de ese sistema electoral inicuo, particularmente por la formación con la UNR (futura UDR y después RPR) de un gran partido de derechas, reclamándose de de Gaulle, y capaz de ser la columna vertebral de una mayoría de derecha estable.

Pero ese reagrupamiento de la derecha no desembocó en la formación de un único gran partido conservador. La izquierda está aun más lejos de unificarse en el seno de una misma formación. También si se juzga por los veinte años que acaban de transcurrir no es, aun falta mucho, una de las características de la vida política francesa.

Evidentemente, la unidad a la derecha de las fuerzas más conservadoras se volvió más frágil después de la muerte de Pompidou y sobretudo la dimisión de Chirac.

Al cabo de veinte años, el sistema electoral instaurado en 1958 logró, por cierto, imponer el

reagrupamiento de toda la derecha en el seno de la mayoría parlamentaria (mientras que existió hasta 1974 una oposición a de Gaulle y después a Pompidou dentro de la derecha que se calificaba, es verdad, de «centrista», o de «reformadora». Pero quizás se esté en 1978 aun más lejos que nunca del gran partido reagrupando toda la derecha. Hasta hoy en día las discordias internas a la mayoría no sobrepasaron el grado de escaramuzas, no es imposible que mañana se asista a una escisión más profunda de la derecha. Por ejemplo si, agravándose la crisis económica, Giscard d'Estaing proyectara asociar al ejercicio del gobierno los partidos de izquierda.

En lo que concierne esta izquierda, las presiones unificadoras ejercidas por las reformas de 1958 han dado resultados aun más limitados. El sistema electoral instaurado entonces indujo por cierto al Partido Socialista a acercarse al Partido Comunista hasta firmar un «Programa Común» de gobierno. Al juzgar los resultados de las últimas elecciones ésto no fue suficiente para que el Partido Comunista consiguiera participar al gobierno, ni tampoco el Partido Socialista.

Este último no tuvo finalmente más suerte (del punto de vista de sus ambiciones gubernamentales) en el marco de la política de «Unión de la Izquierda» que en el de sus diversas tentativas centristas del período anterior. Los que soñaban en 1978 ver constituirse en Francia, en detrimento del Partido Comunista, un gran partido de estilo laborista a la inglesa u otra variante de esta solución, una tercera fuerza centrista capaz de rivalizar con la derecha, tuvieron que renunciar a sus ilusiones. Pero aquéllos que esperaban que volviera el Partido Socialista al gobierno con el aporte de los votos comunistas, no tuvieron más éxito.

La instauración de la V República no condujo pues a la caída del PCF que sin duda esperaban algunos. En las elecciones de noviembre de 1958, éste sufrió una grave derrota, al pasar de cerca de 26 % de votos en enero de 1956 a menos de 19 %. Pero se estabilizó después a un nivel superior a 20 % de votos, cifra en disminución, cierto con respecto al período de 1944-1956, permaneciendo sin embargo una de las fuerza políticas del país que cuentan en el plan electoral. El Partido Comunista, sin embargo, no estaba dispuesto a ofrecer sus votos, su influencia electoral sin contrapartida, es decir apoyar a aliados que no le dieran garantías formales de participación al gobierno en caso de cambio de mayoría.

De esta manera, en 1956, el PCF torpedeó, el proyecto de «gran federación» de centro izquierda del socialista Defferre, negándose a apoyar su candidatura a la presidencia de la República. Igualmente se negó a apoyar cuando la segunda consulta de las elecciones presidenciales de 1969 a la candidatura del centrista Poher contra Pompidou. Por lo mismo, inició en 1977 una violenta polémica contra el Partido Socialista (con todas las consecuencias que sus discursosseudoradicales podían tener sobre los resultados electorales), antes que dejar al Partido Socialista en situación de poder aprovechar él solo, una victoria electoral de la izquierda.

Está claro que la izquierda no está hoy en el gobierno primero y ante todo por haber perdido las elecciones. Y en todas las elecciones hay forzosamente por lo menos un vencedor y un perdedor. Pero concretamente, los resultados de las últimas elecciones legislativas francesas dependían de la capacidad de la izquierda a ganar una cierta cantidad de electores centristas. No lo consiguió esencialmente porque en el seno de la «Unión de la Izquierda» el peso del Partido Comunista y sobre todo la faz política que ofrecía presentándose como el partido de los pobres contra los ricos, asustó a la fracción del electorado centrista susceptible de dejarse seducir por el Partido Socialista.

Desde hace veinte años no hubo alternación a la cabeza del gobierno, se mantuvo la derecha en ésta a través de todas las fluctuaciones del cuerpo electoral, en gran parte porque existe el Partido Comunista Francés el cual constituye todavía, a pesar de una socialdemocratización cada vez más pronunciada, un cuerpo difícilmente asimilable en el sistema político francés. En efecto no es aún un partido socialdemócrata. Siendo para eso demasiado

sensible a las presiones de su base obrera, como los mostró al elegir sus temas de campaña electoral (del tipo «hacer pagar a los ricos»). Es una de las razones por la cual la burguesía francesa desconfía de él, a pesar de todas las muestras de buena voluntad que le prodigó por otro lado el PCF.

En razón de esta desconfianza de un lado, el temor del PCF de dejar el campo libre a eventuales rivales a su izquierda frenando sus ímpetus a la derecha, la alternativa puede ser todavía difícil durante tiempo en el sistema político francés aunque no sea ya una imposibilidad total como en los tiempos de la guerra fría o aun durante los años que precedieron el gran giro de la política internacional del imperialismo americano en 1968.

Desde este punto de vista, la situación francesa se parece mucho a la de Italia. En el plan de las instituciones, Italia sin embargo no pasó del sistema instaurado inmediatamente después de la segunda guerra mundial, cuando las necesidades de la reconstrucción nacional impusieron a la burguesía la participación del Partido Comunista al gobierno.

Pero a pesar de todos los esfuerzos de este partido en convencer a la Democracia Cristiana de aceptar el «Compromiso histórico», a pesar de todas las garantías que dió a la burguesía, hasta ahora tuvo que contentarse de ser admitido en la mayoría gubernamental sin poder participar en el gobierno.

El Partido Comunista Italiano sin embargo está metido aun más que su homólogo francés en la vía de la socialdemocratización. Pero su preponderancia en el seno de la izquierda (más aún que la del PCF) bloqueó hasta hoy toda posibilidad de alternación real, no sabiendo cumplir la misma función política las diferentes combinaciones que puede realizar la Democracia Cristiana con los pequeños partidos del centro izquierda. Para la burguesía, tal situación de hecho (en Francia al igual que en Italia) constituye sin duda alguna una desventaja no permitiendo a sus partidos políticos hacerse de nuevo periódicamente una virginidad en la oposición.

Rinde más difícil hacer creer a las masas que existe para ellas posibilidad para cambiar su destino por un simple cambio de mayoría parlamentaria.

El ejemplo de España ilustra de forma opuesta este problema. En un país apenas salido de la dictadura, donde hace apenas un año se instauró un sistema parlamentario, el Partido Socialista (ampliamente mayoritario en el seno de la izquierda) aparece como una solución posible de recambio, frente al partido de Suárez.

En cuanto al ejemplo portugués (para acabar de pasar en revista el caso de los diferentes países de Europa del Sudoeste) muestra a la vez que los temores de la burguesía con respecto a la participación de los Partidos Comunistas al gobierno no son sin fundamento, y la ventaja que constituye para ella la existencia de un Partido Socialista ampliamente mayoritario en el seno de la izquierda. Durante los pocos meses en que fue admitido a participar a la gestión de los asuntos de la burguesía portuguesa, el Partido de Alvaro Cunhal dirigió en efecto una política marcada por el deseo de no cortarse de su base obrera notoriamente en lo que concierne su actitud con respecto a las luchas reivindicativas. La burguesía portuguesa pudo encontrar una solución gubernamental que permitía a los hombres y las formaciones de derecha hacer olvidar sus compromisiones con el Salazarismo y recobrar poco a poco un nuevo crédito político, porque después de la caída de la dictadura el Partido Socialista se reveló rápidamente como la principal fuerza electoral de izquierda.

Volviendo al caso francés, esos ejemplos muestran que el bloqueo aparente de toda alternación en Francia desde hace veinte años, no es debido a las instituciones instauradas por de Gaulle en 1958 (que al contrario iban en el sentido de la formación de los grandes bloques electorales, el uno de derecha y el otro de izquierda) pero más bien a la potencia del Partido Comunista en el seno de la izquierda francesa. El «reequilibrio» de esta izquierda emprendido y parcialmente logrado por Mitterrand, el hecho de que por la primera vez desde 1936 el Partido Socialista haya sido mayoritario en marzo último con respecto al Partido

Comunista, no bastó para modificar fundamentalmente esta situación. Aunque hoy sea ligeramente mayoritario el Partido de Mitterrand en el seno de la izquierda, el Partido Comunista continúa aún representando una fuerza absolutamente indispensable a toda mayoría parlamentaria de izquierda. Y esto basta para que resulte difícil la alternación.

Los cambios llevados a cabo en el sistema político francés por de Gaulle en 1958, no lograron hacer de él algo análogo al sistema inglés o alemán.

La burguesía deplora sin duda alguna esta situación de hecho.

Como también todos quienes en el seno del PCF reprochan hoy a Marchais no haber logrado que haya ministros comunistas.

Pero para los revolucionarios, este bloqueo (al menos relativo) de la política francesa no se ha de deplorar. La existencia de un Partido Comunista influyente y sensible a las presiones de su base siendo uno de los principales obstáculos que se ha de superar, traduce también a su manera la existencia de una clase obrera politizada para la cual las ideas de lucha de clase quedan vivas.

En último análisis el Partido Comunista Francés constituye un cuerpo difícilmente asimilable en el sistema político francés porque la clase obrera es también un cuerpo inasimilable en la sociedad francesa.

NOTE TO ENGLISH READERS

This journal is unusual in that it is bilingual. When read from this end, it is in English, from the other end, it is in Spanish.

Most of the articles have been written in French first, and have then been translated into English. We apologize for any inadequacies of translation.

To avoid difficulties, start from this page and read the right-hand pages only (the Spanish text appears upside down on the left-hand pages).

CLASS STRUGGLE

Trotskyist monthly edited by «LUTTE OUVRIERE»
Managing editor : Michel Rodinson
Printed at : 25, rue du Moulinet - 75013 Paris

Mailing address : Lutte Ouvrière B.P. 233
75865 Paris Cedex 18

PRICE : FF 5

YEARLY SUBSCRIPTION (10 issues)

FRANCE: *Ordinary:* FF 50 *Closedmail:* FF 75

ABROAD:

-By train or boat, all countries:

Ordinary: FF 50 *Closedmail:* FF 100

-By air:

Ordinary:

Europe and DOM: FF 60

North Africa and

Middle East: FF 65

TOM, America, Africa,

ex-Indochina: FF 70

Oceania, Asia: FF 80

Closed mail, for all countries:

Apply to us to have the tariffs.